



Apunte 1 / 2022

3 Marzo 2022

## Las invasiones del Siglo XXI

Fernando del Pozo

Tucídides, el eterno maestro de historiadores, sigue dándonos motivos de meditación en su Historia de la Guerra del Peloponeso, y con razón. Durante la Guerra Fría era frecuente comparar a la OTAN con la Alianza Espartana, y al Pacto de Varsovia con el Imperio Ateniense. O al revés, dado el carácter terrestre del poder de Esparta y marítimo del de Atenas, además del estilo dictatorial del primero y más democrático del segundo. O no, porque la regla de medir democracias no estaba muy bien calibrada en aquella época. Así que con esta dicotomía la discusión era muy jugosa, pero las lecciones un poco oscuras.

Hace unos meses – ya parecen años - estuvo muy activo el debate sobre la “trampa de Tucídides”, magistralmente explicado por Graham Allison en su libro *“Destined For War: Can America and China Escape Thucydides's Trap?”*. La famosa trampa consiste en que, según Tucídides, cuando una potencia ascendente (Atenas/China) empieza a disputar la primacía a la potencia hegemónica del momento (Esparta/EEUU), la guerra es inevitable. No intentaré llegar más lejos en la explicación, que se nutre de varios otros ejemplos históricos, el más claro de los cuales fue la rivalidad sobre todo naval entre el Reino Unido y Alemania previa a la Primera Guerra Mundial, porque necesitaría de todo el magnífico libro de Allison para penetrar un poco en las ramificaciones y lecciones, y ese libro ya está escrito.

Pero ahora, repentinamente, otro de los capítulos más justamente famosos de la Guerra del Peloponeso ha saltado a la actualidad. Me refiero al Diálogo o Debate Meliano, que Tucídides reproduce como si hubiera estado presente con un magnetófono.

Cuenta el historiador que en el año 416 a.C., habiendo Atenas abandonado la benevolente política imperial de Pericles que tantos beneficios había traído, decidieron someter a la isla de Melos, única de las Cícladas que aún era independiente, pero que había sido colonizada por los espartanos o lacedemonios. Para ello mandaron una expedición bien armada, con participación de aliados, netamente superior a las modestas fuerzas melianas, pero primero intentaron la persuasión, por supuesto apoyada con las armas presentes.

El diálogo que se siguió entre los enviados de Atenas y los representantes de Melos bien pudo haber sucedido entre enviados de Moscú y representantes de Ucrania respectivamente este diciembre pasado. Mencionaremos los pasajes más relevantes para nuestra comparación, recordando que las referencias a los lacedemonios deberán entenderse como hechas a los aliados de la OTAN o miembros de la UE:

**Los atenienses:** *Nosotros no tememos la caída de nuestro estado y señorío, porque aquellos que acostumbran a mandar a otros, como los lacedemonios nunca son crueles con los vencidos [...] os diremos claramente nuestra voluntad e intención, y es que queremos de todos modos tener mando y señorío sobre vosotros, porque será tan útil y provechoso para vosotros como para nosotros mismos.*

**Los melios:** *¿Cómo puede ser tan provechoso para nosotros ser vuestros súbditos, como para vosotros ser nuestros señores?*

**Los atenienses:** *[...] Porque más vale que seáis súbditos que sufrir todos los males y daños que os pueden venir a causa de la guerra; y nuestro provecho consiste en que nos conviene más mandaros y teneros por súbditos que mataros y destruirlos.*

**Los melios:** *Veamos si podemos ser neutrales sin unirnos a una parte ni a otra, y que nos tengáis por amigos en lugar de enemigos. ¿No os satisfará esto?*

**Los atenienses:** *No, porque vuestra hostilidad no nos dañará tanto como vuestra amistad, porque vuestra amistad aparecerá como debilidad a los ojos de nuestros súbditos, mientras que vuestra enemistad será prueba de nuestro poder.*

**Los melios:** *[...] somos hombres justos luchando contra los injustos, y lo que nos falta en poder será compensado por la alianza con los lacedemonios, que están obligados aunque sólo sea por honra a ayudar y socorrer a sus parientes y deudos. Nuestra confianza, por tanto, no es irracional.*

**Los atenienses:** [...] en cuanto a lo que decís de los lacedemonios, y de la confianza que tenéis en que por su honra os vendrán a ayudar, bien librados estáis, si en esto solo os tenéis por bienaventurados, como hombres de escasa experiencia del mal; mas ninguna envidia os tenemos por esta vuestra necesidad y locura. Sabed de cierto que los lacedemonios entre sí mismos, y en las cosas que conciernen a sus leyes y costumbres, muchas veces usan de virtud y bondad, mas de la manera que se han portado con los otros os podríamos dar muchos ejemplos: en suma os diremos por verdad lo que de ellos sabemos, que es gente que sólo tienen por bueno y honesto lo que les es agradable y apacible, y por justo lo que le es útil y provechoso, por lo cual, atenerse a sus pensamientos [...] en cosa tan importante como ésta en que os van la vida y las honras, no sería cordura vuestra.

**Los melios:** Varones atenienses, no cambiamos de parecer, ni jamás desearemos perder el breve espacio de tiempo de libertad que hemos tenido y conservado.

**Los atenienses:** [...] Os ocurrirá, pues, que la gran confianza que tenéis en los lacedemonios y en la fortuna, fundando todas vuestras cosas en esperanzas vanas, será causa de vuestra pérdida y ruina.

¡Cómo no reconocer en este diálogo las intimidaciones de Rusia a Ucrania, y las burlas a la imprudente confianza ucraniana en que los aliados de la OTAN vendrían a socorrerlos! El desenlace se resume en dos líneas: los atenienses se retiraron, regresaron con más fuerzas, tomaron Melos, mataron a todos los varones y se llevaron como esclavos a todas las mujeres y los niños, poblando después la isla con sus propios colonos.

La primera pregunta que de ello se sigue es más bien peliaguda: ¿hay otros precedentes más próximos? Si los griegos del siglo V a.C. ya lo hacían, siendo la naturaleza humana como es, lo probable es que haya sucedido de nuevo. Y más de una vez. A fin de cuentas, como el mismo maestro de historiadores nos dice, las naciones van a la guerra por tres razones: honor, miedo e interés (*timé, phobos, ophelia*), y esas razones son universales en el tiempo y el espacio. De hecho, en el caso que hoy nos ocupa las tres razones aparecen de algún modo: Putin arguye que su motivo es el miedo a que la OTAN, en su continuo avance hacia el Este se convierta en una amenaza insostenible.



El interés es también otro factor en su decisión, inútil explicarlo, su decadente economía sólo alimentada por la exportación de energía necesita diversificarse, y para ello necesita el apoyo de lo que tenga a mano, como la más primaria economía ucraniana. Añadamos a esto la probable existencia de yacimientos de petróleo y gas en el Donbass, no por casualidad la principal zona disputada, en la Zona Económica Exclusiva de la Crimea y en general de Ucrania, y el factor de la profundidad estratégica que Rusia estima que necesita y que Ucrania le proporciona, y el panorama del interés aparece claro. Y el honor, o más bien el *hybris*, es lo que hace imposible detener esta catástrofe, ya que si las fuerzas rusas regresan sin haber conseguido sus objetivos Putin sufriría un oprobio que acabaría rápidamente con su carrera política o peor. El ridículo, como dijo el General Perón, es el único sitio del que nunca se vuelve.

Pero volviendo a los precedentes. Aducen, incluso los críticos (¡qué menos!) del ataque a Ucrania que los países occidentales, bien en forma de coaliciones ad hoc, bien por la propia OTAN, han atacado durante los últimos 30 años a otros países, cayendo así en el mismo pecado que Putin (y Lukachenko). La acusación es grave, y tal vez no debería siquiera airearse en las presentes circunstancias, ayudando así a la demencial propaganda del propio Putin. Pero un análisis mínimamente detallado hace desaparecer casi todos los pretendidos paralelismos:

En 1991 las fuerzas de EEUU y alrededor de 35 naciones con diversos niveles de contribución, con el pleno amparo de las Naciones Unidas (Resoluciones del Consejo de Seguridad núms. 661, 665, 670, 678), invadieron Irak en respuesta a la invasión y subsiguiente anexión de Kuwait unos meses antes por las fuerzas de Irak bajo el mando de Saddam Hussein. El paralelismo aquí es el que une al tirano Saddam con el autócrata Putin, pero en absoluto puede argüirse que la coalición que emprendió la operación *Desert Storm* infringiera acuerdos o tratados internacionales. Aparte de la sanción del Consejo de Seguridad de las NNUU, el número de participantes en la coalición nos dice que no fue un asalto ilegal. Saddam además lanzó misiles balísticos contra Israel (que no participaba en la operación) en un fútil intento de provocar represalias y con ello alistar en su bando algunas de las numerosas naciones árabes que no aprobaron su toma de Kuwait.

Bien, se dirá, allí fueron 35 y aquí dos, ¿cuál es la diferencia? En ambos casos los invasores son plurales. Pues bien, otro griego menos famoso viene en nuestra ayuda. Se trata de Ebulides de Mileto, que propuso la paradoja llamada del *sorites* (montoncito de arena). Un *sorites* menos un grano de arena sigue siendo un *sorites*. Pero si iteramos esto llegaríamos a la ridícula conclusión de que tres, dos, un, granito de arena sigue siendo un *sorites*. ¿Dónde está el límite? Habiendo visto de cerca durante unos cuantos años el funcionamiento de la OTAN a la hora de tomar decisiones colectivas, creo que la diferencia entre un número de aliados en el ámbito de las decenas y otro de dos (si es que Belarus es algo más que un fante de relleno) no es meramente cuantitativa, sino

cualitativa. Una proporción respetable de los miembros de las NNUU es prueba de un cierto consenso en que se están reprimiendo actuaciones inhumanas; dos invasores sólo prueban lo patético del secundario y lo criminal del primario.

En 1999 la OTAN atacó Serbia, exclusivamente con aviación, como único medio de hacer desistir a Slobodan Milošević de la represión que estaba infligiendo a los albanos-kosovares, ciudadanos de la misma nación pero sometidos a acciones que no pueden sino calificarse de limpieza étnica. La habitualmente preceptiva autorización del Consejo de Seguridad de las NNUU (CSNU) no se obtuvo, pero una condena al ataque (parte de una intensísima acción diplomática para evitarlo) solicitada por Rusia no fue tampoco aceptada, y posteriormente el término “guerra humanitaria” fue positivamente acuñado para situaciones en que un actor está llevando a cabo limpieza étnica o acciones similares dentro de sus fronteras sin que pueda disuadirsele. El Secretario General de las NNUU Kofi Annan posteriormente defendió, si no la legalidad de la intervención, al menos su legitimidad. Es preciso también considerar que tal acto de guerra se tomó con el acuerdo de los entonces 19 aliados (excepto parcialmente Grecia, que en desacuerdo con el bombardeo de sus correligionarios serbios adoptó lo que se llamó “abstención activa”, es decir, no participar pero tampoco obstruir). Un número tan grande de participantes sin duda añade un plus de legitimidad; incluso Rusia, promotor de la fallida resolución de condena y ciertamente no participante en la campaña, no tuvo empacho en apresurarse a entrar en Pristina antes que nadie para formar parte de las fuerzas de pacificación al final de la campaña.

Ello, no obstante, recuerdo vívidamente – porque estaba allí - la angustia que prevalecía en las entonces diarias reuniones del Consejo Atlántico bajo la presidencia del Secretario General Javier Solana durante los interminables 78 días de campaña aérea. Recuerdo los errores que se cometieron (bombardeo de un convoy de refugiados albaneses confundiéndolo con un convoy militar serbio, bombardeo de la Embajada china en Belgrado, situada en un edificio idéntico a otro próximo que albergaba servicios de inteligencia serbios) que aumentaron dramáticamente la ansiedad, y en general el nulo entusiasmo de las naciones aliadas, a pesar de de su compromiso y del constante flujo de inteligencia con detalles de los criminales actos serbios, que llegaron a provocar el lamento del Embajador de la República Checa diciendo que aquello le recordaba la inhumana expulsión de alemanes en su país después de la II Guerra Mundial.

La invasión de Afganistán (operación *Enduring Freedom*) en la inmediata estela de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 tras la negativa del Talibán a entregar a Osama ben Laden fue prontamente bendecida por el CSNU estableciendo la *International Security Assistance Force* (ISAF) para la preparación y adiestramiento de las fuerzas de seguridad afganas, inicialmente contando con los 13 participantes en la invasión inicial, pero cuya responsabilidad fue asumida por la OTAN como tal en 2003. La jurisdicción de ISAF fue inicialmente el aeropuerto de Kabul, y pronto la ciudad



misma, ejercida por Turquía, de entre los participantes iniciales, pero también aliado, lo que facilitó la transición. Luego ISAF fue tomando control de las provincias del Norte, después Noroeste, y así en sentido contrario hasta completar todo Afganistán, mientras las fuerzas de los EEUU seguían en las áreas aún no ocupadas operando con independencia en búsqueda de terroristas, lo que completó años más tarde, como es sabido, en Pakistán.

Finalmente, la más dudosa, desde el punto de vista de su legalidad, de las operaciones o invasiones de estos últimos años: la invasión de Irak. Ciertamente dudosa o peor, pues el mismo Kofi Annan que bendijo la guerra de Kosovo declaró que la invasión de Irak era ilegal. El número de participantes era pequeño, pero no insignificante: siete naciones se unieron a la ofensiva, convencidos por la propaganda americana que sostenía – con escaso entusiasmo – que Saddam Hussein tenía también responsabilidad en los ataques del 11 de septiembre de 2001, y con mayor convicción que poseía armas de destrucción masiva (WMD) que se había negado a entregar o desmantelar. La patética escena del Secretario de Estado norteamericano, el prestigioso General Colin Powell, exhibiendo como pruebas de las famosas e inexistentes WMD en la Asamblea de las Naciones Unidas un frasquito de polvo blanco que decía ser ántrax, y unas imágenes generadas por ordenador de camiones transportando un laboratorio no fueron precisamente edificantes.

Muchos dirigentes influyentes de las propias naciones participantes, y la mayor parte de las naciones europeas, denunciaron lo que reputaron – luego se vio que acertadamente – de engaño de los servicios de inteligencia americanos. Si estos simplemente sirvieron lo que se les pedía, o fueron sus propias conclusiones de buena fe las que llevaron a la administración a tomar una decisión gravemente errónea, no lo sabemos... aunque sospechamos lo primero. Pero sí es cierto que la OTAN se negó rotundamente a participar, lo que produjo una grave preocupación a los EEUU – la importancia de los números a que aludíamos más arriba – que llegaron a tomar la absolutamente inusual iniciativa de enviar a Bruselas una comisión bicameral y bipartisana de senadores y congresistas que se sentaron en la mesa del Consejo Atlántico para tratar de persuadir a los aliados europeos de participar. Sin éxito. Muy al contrario, hubo unánime queja de que, para nutrir de fuerzas suficientes a la operación contra Irak se extrajeron en un momento crítico en gran cantidad de las que estaban operando en Afganistán, lo que influyó negativamente en la pacificación de este último.

Así pues, sólo la Guerra de Irak puede ser adscrita al deber de las naciones occidentales, y ello con reservas, pues la oposición a aquella aventura fue muy considerable. De todos modos, las anteriores fechorías de Saddam Hussein le ponían de lleno en el bando de los disruptores de la paz, y no era del todo descabellado el deseo de completar el trabajo no terminado de la primera Guerra del Golfo.

Es cierto que, aunque la OTAN o en general las naciones occidentales hubieran cometido un sinfín de tropelías, ello no hubiera sido excusa para que hoy Rusia haya cometido una, además de un calibre formidable. La maldad ajena no convierte automáticamente en bueno a otro malvado. Pero como vemos, el record occidental no es nada malo, con sólo un caso objetable, además de objetado por la mayoría de los presuntos o efectivos participantes.

Además, las razones esgrimidas para estas intervenciones han sido todas plausibles. La comparación con las aducidas por el Kremlin para invadir Ucrania (“para desmilitarizar y desnazificar Ucrania”) es risible por lo increíble de éstas y por la ínfima altura moral que demuestran. Aquí es donde el honor, el *timé* de que nos hablaba Tucídides, brilla por su ausencia, aunque luego no tenga más remedio que invocarlo para persistir ante la valerosa resistencia de los atacados. No hay en esas razones ni un asomo de dignidad. Y las escasamente veladas amenazas de recurrir al armamento nuclear pone la inmoralidad de esta invasión en un nivel inalcanzable e inalcanzado en todos los demás casos.

Cierto, las razones auténticas pueden ser otras. También el sátrapa de Moscú ha aludido a ciertas promesas hechas poco tiempo después del final de la Guerra Fría de que la OTAN no avanzaría hacia el Este, promesas que, si se hicieron, desde luego nunca fueron plasmadas por escrito en forma de tratado, convenio ni protocolo. Pero en todo caso el hecho que desmonta esa excusa es que todos y cada uno de los casos de incorporación a la OTAN de antiguos miembros del Pacto de Varsovia o de la misma URSS, han sido los nuevos aliados los que han solicitado el ingreso por miedo a la amenaza rusa. Nada sorprendente, podríamos comentar, recordemos que el Pacto de Varsovia es la única organización militar de la historia que solamente ha invadido a sus propios miembros.

Volviendo al Diálogo Meliano, parece que ya se puede asegurar que la confianza ateniense en que para ellos era mejor la hostilidad meliana que su amistad, aquí se ha demostrado no válida. Si hay un síntoma claro de que Putin ha perdido esta guerra es que, pase ya lo que pase, nunca recuperará Rusia la amistad ucraniana, ni verán en Kiyev un gobierno pro-ruso. Y eso es un desastre para Rusia y los fines que perseguía con esta injusta guerra en la estúpida creencia de que podía hacer la guerra al Gobierno de Ucrania pero no al pueblo.

---

**Fernando del Pozo**, Almirante (Ret.) de la Academia de las Artes y las Ciencias Militares. Colaborador del Centro de Seguridad Internacional del Instituto de Política Internacional.